

El primer azombro

Denisse Vega Farfán

El primer azombro

Denisse Vega Farfán



Colección



El primer asombro
Denisse Vega Farfán

Primera edición en México, 2019

Colección Limón Partido
Proyecto Literal
Edición: Jocelyn Pantoja
Literatura y alternativas
en Servicios Editoriales, S.C.
Av. Melchor Ocampo #379, Col. Romero de Terreros
Coyoacán, 04310
Ciudad de México
editorial.literal@gmail.com

ISBN: 978-607-8529-40-7

Diseño de Arte de la Colección:
Hernán García Crespo

CAJA
TIPOGRÁFICA

Diagramación: Pablo Díaz

Producción editorial: Ana Rodríguez

Todos los derechos reservados.
Impreso en México.

I nicialmente, un par de impecables cartas literarias, cuya redacción reflejaba por añadidura a una escritora cabal, como es en efecto Denisse Vega Farfán. Ahora, su poemario *El primer asombro* nos viene a confirmar esa impresión, lo cual es un indicio de que no nos habíamos equivocado. Así, en una aproximación somera, percibimos en estas páginas un dominio de la pluma, una escritura compacta, y una inspiración personal variada y espontánea. He aquí el verso libre, sin métrica, ni rima, ni moldes estróficos, y entonces del ramillete temático entresacamos dos motivos palpables: una conciencia del poema, que no se pierde de vista por estar presente en cuerpo y alma, y, posteriormente un diálogo de la autora con sus pares espirituales, de todos los tiempos y latitudes. Dicha conciencia está a ojos vistas en la composición «Enclave», y la identificación de la autora con los seres que admira ocurre sucesivamente en una serie de excelentes poemas. Aquel asombro de la escritora, manifestado desde el nombre del libro, se desplaza a quien, sin duda alguna, complacido pone punto final a su entusiasta lectura.

Carlos Germán Belli

*Teach me now to listen,
to strike it rich behind the linear black.*

Heaney

1

(a lo mejor hay una línea que sobrevuela la muerte)

POEMA

A lo mejor hay una línea que sobrevuela la muerte
y respira en el poema.
De pie ante un destino que muge,
los trémulos ojos de extranjero
detenidos en el recibidor. La espiral de insignias y sellos
que nada dicen de nuestro nombre apenas entrevisto.
Cuando de pronto, sin consultarnos, se nos echa de la vida
con la casa a medio hacer
o la pavesa de lo nunca sido entre los dedos.
Soñando con sujetar lo que veloz y fugazmente bate
en la opacidad del verano
nos confiamos al metal que cede en la hoja,
ligamento de una otredad que libremente gesticula,
agua llevándonos río abajo a una inviolada memoria.
Negados astros resbalan de nuestro índice
—poder incierto de las gloriosas aguas,
satélite ebrio de días siempre inaugurales—
y es nuevamente pura la confusión de los ojos.

MANOS

*If my craft is blest;
if this hand is as
accurate, as honest
as their carpenter's*

Walcott

Tienen mis manos las molduras de mi padre,
mas en ellas un viento sordo
construye su casa violenta a oscuras.
Adivino mejor, ahora que lucho con palabras
para encontrar el poema,
el cepillo de mi abuelo deslizándose
sobre la tosca madera recién cortada
hasta dejarla como el pómulo de un jacinto.
Persigo el camino del punzón sobre la piel de añosos árboles,
la figura que, al final, asciende a la superficie,
revelando su amordazado grito en la hondonada
–testigo de un origen proscrito a nuestra búsqueda–.
La labor de perforar en lo secreto, duro e inflamable..
La destreza de detenerse cuando, del otro lado,
algo nos advierte del peligro de seguir acercándonos.
Muerto, cuando apenas dispuse de seis días
para intentar saludar al mundo,
sus manos son ahora un indescifrable tallado en el aire.
En pie siguen las puertas, las mesas, los muebles que hizo,
receptando el tedio y la ventura de las generaciones.

PREGUNTAS POR LA SED

Preguntas por la sed.

¿Y qué podría decirte sobre ella,
más que del seco golpe del remo en las domésticas aguas?
La sed que te hace seguir, ingobernable topo,
cada vez más abajo y más adentro
en busca del temblor exacto de tu cuerpo,
dejando tras de sí restos de piel en ruinas,
quebradas garras en el fósil de la hoja.
Devolverte con la primera desnudez a la superficie,
ése es tu sueño.

¿Qué podría decirte?, ¿si precede o no
al desgarrón de nuestros padres,
o está la respuesta en los innumerables astros?
La sed por la que sabes medir la noche y sus poblaciones,
el alba y sus apariciones reptantes.
Ésa que te usurpa el nombre al final del poema
y ofrece devolvértelo en la continuación de otro,
para nuevamente arrebátártelo y esconderlo
en una letra aún más profunda.

¿Qué podría decirte sobre la sed?
Tú que tienes, como yo, la frente hundida en las arenas.

SOBRE UN FRESCO MOCHICA

Por esta rampa me condujeron hacia el soberano
que bebería mi sangre en una copa
a la medida de la sed del dios oculto en las montañas.
No fue suficiente
y sus implacables oficios sepultaron nuestros templos
destinándonos a vagar casi ocultos en el aire.

¡Ay qué será de mí ahora!,
¿con qué poema iré hacer el pago al final
de mi oscuro viaje?

MÁQUINA DE COSER

para Irma

Por ese metálico agujero
viajaron todos tus hijos.
Un hilo arbóreo
arteria veloz
un tiempo frágil
pugnando por lamer más allá
de las desbrozadas sienes de nuestros precursores.
Las puntadas eran sencillas
repetidas para que no se rasgara la ropa,
y el petrel no cesara en su planicie
jamás tentada.
Cuando te fuiste, poco a poco
se les fueron cayendo los botones,
carcomiendo los cuellos,
desbastando las solapas,
reventando los fuelles.
Nadie llegó a comprender
sus secretos dobleces,
sus ociosas impiedades.
Por ahí también pasé yo, despacito,
agitando mis palabras
–delirantes ejes,
balbucesos de una fiebre desconocida–.
Era tan estrecho el orificio

que sólo pude cargar con algunas,
las necesarias para encontrar el poema.
¿Qué entalle final aguardabas?
-¿qué precisión en la armería falaz de la escritura?-
No llegamos a entender.
Tú solo cosías y cosías,
el pedal oxigenando la biela,
la caja de bobinas traqueteando
al albor de la prensa de tu aceitado ojo,
estuarios comunes, moldes de hastío
que pugnabas gobernar.
El traje de los cinco años languidece
como el plumaje de un inocente gallinazo.
Salvo mi cuerpo casi nada es diferente,
sigo con el mismo instinto dirigiéndome a las personas.
Quisiste coserme bien, por dentro y por fuera,
asegurarte que nada se desbordara.
Así la tentación del poema,
luchando por contener la señal impermeable,
la aurora exacta surcada de raudos vencejos,
la tensión de la nasa presta al bocado esquivo.

Por ese metálico agujero,
viajaron todas las palabras posibles
para ser traicionadas.

EL OÍDO DEL POEMA

Mírate en el poema hasta ser solo ruido,
ese mito que sostiene el almacén
que te transporta cada día y te niega.
Aparecerá entonces la música
de la gota a la cascada,
las siluetas que dibujan tu olvidado rostro.
Mira bien a ese nuevo y familiar que te saluda
y del que, sin saberlo, huiste desde el nacimiento.
Largamente convérsale hasta volver a ser uno.
Luego olvídalo, sin culpa. En el reluciente vacío
sé la masa plural de otros rostros, la cámara que registra
el secreto murmullo que hace caminar la tierra.
Ya no el ruido, el oído del poema.

JUSTIFICACIÓN DEL POEMA

Vigía de lo que imprecisamente se transcribe
en la llameante palma del mundo.
Rumor de granito. Antigua boca. Escúchame.
Son para ti estas palabras que, no obstante,
tu fantasmal esquife gobierna.
¿Quién eres?, ¿qué tiempo es el tuyo?,
¿fuieste abandonado?, y rendido en otras tierras
¿viniste a cuidar del poema?
Inspiración te llaman los más plácidos,
olvidando que tienes el rostro sin biselar
y que, a veces, el hacernos caer cuando corremos
con la ardiente mañana en los brazos
es tu mayor gozo.
En la mesa de todos estás
invitándonos a tocar tu organillo de viento
con renunciado silabario,
a ordenar la duda en aplicados sonidos
que satisfagan tu ebrio anclaje.
Nos iremos sin verte y tú seguirás solfeando,
licenciosamente,
aunque los campos sean de herrumbre.
En un altar solar, en una celda como la de Maiakoski.
Revoloteando en la nuca del penúltimo hombre
con tus navajas de fieltro.
Nadie sabrá nunca cómo nombrarte,
y, sin embargo, serás lo que siempre justifique el poema.

VELADA CON LI PO

Has venido con la última imagen que el vino nos obsequia.
Aquí, en mi mesa solitaria, trato de retratar la luna,
su corola de gélidas escamas, su relente de piedad,
para protegerme de palabras que acuden en falso cortejo.
Si escribo, serán letras de agua, letras de aire sin dominio.
Si callo, serán las estrellas las que me escriban,
el tiempo con sus moles de sal en una admonición
que descifraré cuando mis pies vislumbren el patíbulo,
y el otro tiempo además, que no es contable.
Te he visto descender las colinas como un búfalo joven,
incendiarte en las flores, beber hasta ser la corriente secreta
que arrastra el torrente.
Escribir. Una palabra buscando su antigua escritura,
la mano que nos dejó en el pórtico del verso
hasta ser todo el lenguaje y transfigurarse en todas las cosas.
Ser el río incesante al final del poema.

EN LA REPTIL PUPILA

Al final nada se sabrá sobre nosotros.
Los que se quedan agitando los brazos en el negro óvalo
conservarán una palabra inventada en los labios,
que astutamente les ofrecimos a cambio de su serenidad.
Cerrados los párpados
no servirán los alegatos de un vencido sueño,
a nadie confiado.
No hablarán lo suficiente las calles donde anduvimos
persiguiendo al doble que se despedía a cada hora
con una flor distinta en el ojal, cada vez más purpúrea.
Poco a poco los muebles nos irán borrando
en el furioso volumen de otros cuerpos,
las paredes devolverán nuestra voz caliginosa
en el sueño de otros.
Ahí nos alzaremos, impenetrables,
como un obelisco de aire en el otoño.
Intentaremos hablar por el escoriado flanco del poema
y su presencia de agua nos dará otra identidad.
En la reptil pupila del que nos lee volveremos
solo para decirle que jamás existimos,
que no es más que él hablándose a sí mismo.

ENCLAVE

El poema está listo.

Eleva casas, puentes, barcas hundidas,
aves de diversa estación migratoria, vidas
que hacia todos lados se desplazan.

Hace realidad lo que no se toca
y simple fábula lo palpado todos los días.

El poema está listo. Yo estoy en otra parte.

El que estuvo escribiéndolo al pie del aserradero,
ha desaparecido.

Desde el vidrio del poema
veo su último retrato, enjambre en vilo.

El poema está aquí, tiene forma humana, animal,
de mesa, calle, estrella. Ocupa mi espacio,
que ya no es propio. Respira por mí, habla por mí,
en una olvidada lengua por nuestro cansancio.

El poema está listo. Le es entendible
el trémolo final de la tierra.

Roer no es necesario.

2

(el oído de los dioses)

FOTOGRAFÍAS DE GEORG TRAKL

Solo tenía un año más que yo cuando murió
y ya sabía el lenguaje de lo que cruje encendido y lento a oscuras.
Sostengo una foto suya de niño
sombbrero bombín abrigo grisáceo
el rostro quedó educadamente negándose a la cámara
ojos felinos finísimos labios que se resisten a confesar
labios que no saben nada de infantiles cánticos
como frente protegida de excesos solares y sonrisas fáciles
orejas de duende hábil y soledoso en las honduras del bosque.
Una vela en la esquina inferior derecha
cierra el encuadre con una llama ciega e inmóvil
semejante al oído de los dioses.
Aquí tengo otra con su traje de oficial
probablemente poco antes de su muerte barbitúrica.
El hombre sigue mirando ligeramente de costado
rehusado a fijarse en quien pretende sujetar su secreta euforia.
La mano derecha en el bolsillo del pantalón
intentando una postura clásica de frescura y serenidad
la otra vagamente asida al mango de una espada
como justificando la sensación de mirlo en minúsculos follajes.
Los ojos menos felinos temerosamente rapaces
son los de un azor en la medianoche
buscando inútilmente al culpable que se llevó
al pequeño Georg a las hogueras.
La boca perfectamente sellada corazón de avellana
la frente ya de poblaciones divinas e insondables
a punto de estallar.

UNA VISITA ALEJANDRINA (KAVAFIS)

I

Sobre la cama has dejado doblada la ropa
con la que consumaste la ordinaria labor del día.
Desnudo te asomas al espejo y no eres tú
sino otro el que te observa.
Eres un ave enorme con las alas mohínas, cansadas,
el pecho encrestado, incandescente, como un pilar pompeyano
resistido a la extinción.
Los jóvenes dioses nos han abandonado
con su escudilla de zafiros y su garbo lento.
Hombres corrientes somos ahora
anocheciendo en los despachos
deseando los oficios nobles del mar.

II

Vine con mis antiguos aparejos
a visitarte a tu casa en Alejandría.
Un museo en Sharm-el-Sheikh. Diez libras egipcias.
Pocos griegos hay ahora, y los jóvenes
de grandes ojos de topacio como te gustaban
confundían tu nombre.
Un retrato en saco y corbata te ocultaba bien

de los ojos del almuédano.
De Ammonis y Endimión nadie sabía nada.
No estaba la moldura de sus cuerpos en tu cama de latón,
y la mesa, donde los inmortalizaste en un libamen impoluto,
rugía contenida en la luz oscura.

III

Vámonos pues donde la noche es una ciudad absoluta
y no amanece, y son misales las más tristes leoneras,
que ahí descienden los huidos dioses de jade
para enseñarnos su secreto hablar de oropéndola.
Sentémonos con ellos como hombres comunes
compartiendo el crimen y la misma pipa de agua.
Dejemos que se ciernan sobre nuestros lánguidos cuerpos
y hagan fulgurar el relicario que, ignorado, palpita a oscuras.
Que brille en nuestros ojos la obsidiana
y nuestra lengua sea pasto de augures.
Nada ha existido jamás sino hasta este instante,
en el que preguntamos por nosotros y nos responden,
desde su ya clara inmensidad, todas las cosas.

VINCENT

*

Entonces dejó la pipa humeante sobre la silla de paja. Su cabeza era una montaña de la que apenas había terminado de arremolinarse el sol. Se sacó el sombrero con las velas derretidas y hundió su ceño para sí mismo sin ninguna llamarada de contrición. Afuera los campos de trigo siempre intactos, impolutos al ojo que intenta saturar sus colores, evacuar los paisajes corvos que ocultan el alma de los pinares. El color exacto se busca, o se rehúye de él, por miedo a no volver. El color exacto se esconde de todos los colores, hasta de la transparencia. La transparencia es cómplice hiriéndose de color acostumbrado. Por eso desea que la pipa se vuelque sobre la silla y llene de un lienzo encapotado la habitación. Como con la *Noche estrellada*, se pregunta cuál es su verdadero color cuando no hay color aparente, cuando un hombre atado a la debilidad de sus tobillos se rodea de toda su sombra y no hay trazo, *amarillo nápoles*, que simule el fin de perspectiva.

**

Sobre el campo de trigo volaron los cuervos; yo los saludé como si tratase con zarcillos.

Y si los cuervos viniesen a mí; sería uno de ellos. Solo entre los maizales. Todas las aves pensativas y los hombres huyendo de mi trasnochada barba por temor a arrancarles los ojos y negarles su pereza. No ven el lila iridiscente expandiéndose en un último llamado al final de mis plumas, que mi graznido espumea por haber encontrado algo mejor que el color: el paisaje anterior a los ojos.

La claridad del paisaje: un hilo de sangre dividiéndome el rostro, rojísimo como los tulipanes que hoy pinté y me demostraron la fugacidad de lo recreado. De un lado, los fresnos en llamas; del otro, un grajo ululante y azul ermitando en el dintel de la habitación que menos nos espera.

Soñé que me soñaban. Mi oreja sobrevolaba los lagos y guardaba la cosecha del invierno, el tordo escarpaba lacónicos ritos demenciales. “*Me la corté para que oyeras todo lo que te escuché decir entre sueños*”, te dije, “*para que veas que ningún color es válido al final; mi retrato es todo aquello que ya no la sostiene*”. Entonces, te acercaste a mi oreja, dejaste que se posara en el dorso de tu mano, un pitohuí, y ya no sentiste el impulso de preguntar por camélidos nunca más.

NOCHE EN LISBOA (PESSOA)

Cuando el día se cierra
navaja de afeitar
él sale de sus trajes
como de los siglos
es el primer hombre que pisa con inocencia el mundo
desnudo va entre las calles
traslúcido animal devuelto del intestino
de un paralelo curso
escritura huida de todos los andamios
en las esquinas solitarias
en los hospicios durmientes de gente civilizada
se reconoce
él que ya no es él
silueta bordaba por inobservados astros
aire de los vasos vacíos
ningún nombre por el cual llamarlo a la distancia
confundido ya con el sereno bullicio de una ola
que no anuncia ni amenaza
sacudiendo el liquen de una enorme piedra
el relente de inmortalidad
la farsa de los días
es suyo entonces el lenguaje anterior
al nombramiento de las cosas
sobre el que apenas han logrado alzarse los hombres
con sus pequeñas ansias
el lenguaje que a la mañana seguirá oculto de ellos
consumiéndoles el corazón

HISTORIA DE UN SONIDO (BAKER)

I

Demasiado grande el trombón para este muchacho.
Probemos con la trompeta
más a molde con su ondular de cervatillo
y la ansiedad de sus pálidos dedos.
¿Sabe lo que se le está encomendando?
Este instrumento modelado al antojo de antiguos solitarios
y de la agazapada divinidad que nos devuelve
con el rostro de recién nacido al final de cada pieza
será su unión y su laberinto.
De tres pistones está hecha la eternidad.
Has de soplar fuerte
para que el batir de un calcinado sol no te alcance
también muy suave como los colores de un lento amanecer
si bailar con la muerte enamorada es lo que quieres.
Desde ahora ella será tu alucinación más cierta
la forma de ver desde la cima de un cayo transparente el mundo
la que hable por ti cuando la voz sea inútil
entre tantas voces que se apagan.
Viajará a tu lado hasta el final de tu caída
como un hermano un padre sobrio
o una amante inocente.
Y cuando la carne deje de hacer su trabajo
ya presta ante el sajador del olvido
el sonido perseguido en una última ofrenda
ascenderá.

II

Puedo imaginarte en alguna calle de Ámsterdam
mirando saciadamente la luna llena y no loco en tu habitación
con tus mil inyecciones en cada poro de tu infantil cuerpo.

Que el maloliente artefacto de amarillentos tendones
retornado al sur de California certificado con tu nombre,
y que ahora reposa junto a la tumba de tu alcohólico padre
orlado por la sed de algunos hierbajos
es el enemigo que ajusticiaste con tu prenatal sonrisa.

La trompeta un sueño en el que se despiertan unos pocos
y siguen viviendo ahí en un tiempo blanco
como otra nota o una irrepetible improvisación
en un concierto que advierte ser siempre el último
y por eso el mejor.

Puedo imaginarte con el cabello muy corto
disciplinadamente peinado hacia atrás y sacudido por delante
como la cresta de un faisán
el jean ajustado la chaqueta blanca
los recién abiertos ojos de castor
los labios una línea simple y completa
semejante al goce de estar absolutamente solo
apostado en la primordial masa sonora
para luego olvidarse
olvidar todo lo hecho en el mundo hasta este instante
y convertirse en la definitiva música que prosigue
a la muerte de un sonido.

Los dedos girones de ráfagas que pulsan
lo que celosamente ocultamos de nosotros
el aire un caballo desollado entrando en tus pulmones
devolviéndolo manso

la frente hundida en el regazo de Carol o Diane.
Tus venas apagándose
y un atlas de arterias encendiéndose
los pechos inflamados de añil de los que te oyeron
un cuerpo cayendo desde el tercer piso
y un ave de alabastro que remonta.

LECTURA DEL AGUA

I

Habría que fijarse en su mano temblorosa
incapaz de sostener por más de medio minuto
la mano de una dama semejante a una codorniz.
En sus asombrados ojos ya vencidos
por el sol vuelto enfermedad.
La caja del pecho, una cuerda cada vez más aguda
al foliar el testamento del viento.
Su oído, en el que se licuaba el cortejo de aves migratorias.
Habría que fijarse en su zapato en el que se iba hundiendo
conforme las estaciones se alejaban más de Enfield
y su ventana se hacía más grande en Roma.
En el agua, del que no dio otro detalle que el de su epitafio,
donde fue escrito su nombre intangible y sobrio
como el recado de un ángel.

II

Here lies one whose name was writ in water.

Keats

De pronto empezamos a dar la vuelta al nuevo siglo
el extremo romo de un tallo ebrio de antigüedad
nos surca el rostro, mana sangre tibia
alimento de diligentes bestezuelas
mas la sangre vertida hasta la última gota luego es agua
lo que queda en el cuerpo frío
instrumento de aire abandonado.
La letra blandida ahora y después deberá ser ahí consultada
los saciados ojos habrán de volver a ver
el horizonte en llamas desvistiéndose glaciár
y advertir los caminos de la beldad en la fugaz transparencia.

CONCIERTO DEL ÁNGEL

Busqué a mi ángel. Lo encontré
en las arenas de una rendida memoria.
No me reconoció. Todo hallazgo fue entredicho,
línea a línea fui borrándome hasta el primer asombro.
Es el precio del ángel, me advertiste,
en cuanto te vea habrá de calcinarte,
y toda destreza aprendida contra insalvables poderes
te traicionará.
Por eso guarda lo que mejor de ti hayas traído
para la ofrenda inútil,
será escarcha en sus ojos glaucos.
Aprende a destilar olivo en la chirriante música,
a distinguir tenues grafías en uniones cada vez más dudosas.
No es belleza lo que tus ojos admiran
y tus labios fácilmente pronuncian.
Busqué a mi ángel y lo perdí,
lo recuperaré cuando afirmé que no era mío.
Su lengua de cedro me dibujó en el paralelo arco de los días,
su evocación que no llama a nadie,
rápido olvida y renombra impasiblemente las cosas.
Nuevos rostros antiguos fueron sucediéndose
y el ángel fue alimento de mi carne.
Todas las voces llegaron tensadas al final
de la garganta oscura.

3

(paysage)

TORTUGA EN CABO BLANCO

Entre mareas de jade y cobalto
vadeas ágil como el sueño de un colibrí
sobre la flor más leguminosa del verano.
Son tus carnes coriáceas la lectura de las nubes
y tu caparazón una tempestad sin memoria
que no envidia la levedad de tizeretas y gaviotas
disputándose las últimas reservas de los pescadores.
En la superficie eres apenas una mancha oscura
confundiéndote sabiamente
ante la ansiedad de los depredadores
que acodados te observamos desde el muelle.
Solo, a veces, cuando el milagro de tus lentos pulmones
se agota, asomas lo suficiente la cabeza para no olvidar
cómo huele el peligro allá afuera
donde ninguna sed ha sido saciada
aún antes de tus primeros antecesores.
Pero es cuando te toca ir a tierra
para cumplir un pacto milenario
que tus huesos abandonan el océano
con el viaje de todos sus ahogados
y todo en ti el peso muerto de la vida nos recuerda:
tus aletas ya anclas de un sumergido trasatlántico,
las carnes vueltas grises y pedregosas,
el caparazón de los siglos agolpando el festín de tus órganos
en una sentencia desconocida, insalvable.

CIGARRAS EN BEIJING

Es la temporada en la que el sol se defiende
de las gélidas masas de nuestros corazones
y madura un tallo de vapor
en el inviolable coto de su rareza.

Confundidas entre los sauces llorones ellas cantan,
libando el durmiente juicio de las hojas,
mientras el tiempo es de alcanfor fuera de los árboles.

Similares años a los de mi primera infancia
han permanecido bajo tierra,
preparando el impasible oficio de su canto,
oyendo a nuestros muertos,
anticipando la contienda de los vivos,
celebrando la ceguera de nuestra habitación última,
endureciendo de savia el instrumento que ahora consuela
la fatiga de los viajeros por el demorado vuelo de retorno
al remo duro del Atlántico.

Deben ser ya cuarenta grados,
por cuanto el cuerpo es un estorbo
como un poema corregido por años
sin la retribución del reconocimiento.
En cambio, sus tórax son más propicios
para el clamor del cortejo,
los élitros cortan el aire monótono
con el furor del cortaplumas
sobre la nuca del invisible enemigo.

Ha de haber un centenar en ése árbol.
Podrían batir hasta calcinarse.

Hacen un sonajero del mundo.

Terminada la estación,
no serán más que cáscara
conteniendo nuestro vicio abandonado.

Beijing, 2013.

COMPRÉ UNA PIPA PARA MI AMIGO PERUANO...

Compré una pipa para mi amigo peruano
en el Mercado de la Seda.
«Es de cuerno de yak», me dijo la dependiente.
Tiene un lomo suavísimo, discreto,
y un revestimiento de cobre en la boca del hornillo.

Ya temprano había visto su carne
delicadamente sazonada en el bufet,
satisfaciendo sobresaltados comensales,
–poetas trashumantes buscando el elixir
de su infatigable demonio–.

Teníamos que haberlo visto a 6000 metros de altura,
con la joroba dispuesta, peinando los desiertos del Tíbet.
Detenidos en su ojo, complacido y triste, adivinamos la vida.

Mi amigo colecciona pipas de todos sus viajes,
como si no quisiera abandonar la humareda interior
de cada comarca extraña.
Ya en casa, enciende una al azar
en la demandante hora del poema,
y se pone a laborar, sin angustia, en sus apariciones reptantes.

Quiero creer, que en la espiral de humo, volverá el yak,
paciente como en las estepas más frías,
para guiarlo mientras escribe, entre salvajes amenazas,
decapitadores vientos, que tan bien reconoce.

Beijing, 2013.

EN UN CUADRO DE HOPPER

A veces es un faro
una guía para el viajero que siempre pierde los viajes
y lo conduce a otras ciudades olvidadas
donde los nombres ya no sirven para identificarnos
ni lo que hemos hecho para hablar de nosotros.
El final de una escalera
una puerta blanca hacia colinas oscuras
desde las que ya no nos llama nadie
y la realidad se desplaza en esquivas combustiones.
El viento que hace conversar a los árboles,
una secreta negociación que se satisface en su reserva.
Un bar reuniendo a tres desconocidos
que no se recordarán mañana
con toda su vida transcurrida esa noche.
Habitaciones, cámaras para el recuento del tiempo
en líneas contrarias, de donde ha de salirse
con una ciudad inventada en los ojos.
Una mujer observando a través del ventanal
lo que jamás sabremos y sostiene nuestra huida.
Desnuda, recibiendo el impasible juicio del sol,
esperando lo que en cualquier momento llegará
y no se anuncia,
o tocada por la divinidad de su despojo.
Puentes para algo más que el tránsito,
trenes para algo más que el destino.
A veces sólo vías intentando confundirse
con la simulada eternidad del crepúsculo.

El mar, primitivo, dibujado por las rocas,
antiguas pulsiones abandonadas.
El cielo recién hecho siempre
como una contienda sin memoria.

4

(almuerzo sobre la hierba)

CELEBRACIÓN DE LO IMAGINADO

Imaginé una ciudad.
Las avenidas llevando nuestros nombres
hacia el ígneo vapor de nuestros antepasados.
Su hambre, su balbuceo, su desnudez,
su divina sed al adivinarnos en un tiempo insobornable.
La línea más marcada de tu rostro
habría venido del otro lado del Atlántico
en la frente de los que buscaban el nuevo sol
bajo los ardores de América.
Mi manía de apretar los dientes, a la hora del silencio,
de alguna pugna precolombina allá en la costa.
¿O es que siempre estuvimos aquí,
semejantes al delta dividiendo el San Lorenzo?
Andando como ocelote por el mundo
te imaginé repetido en los otros,
hablabas en jíbaro, también en alemán,
vestías mantos tibetanos, guayabera,
tu piel era el ambarino reflejo de los arcos,
la última fiebre del ciruelo al desconjurarse el verano.
Jugábamos a intercambiarnos el apellido, el peso,
la talla de los pies y la dulcisona muerte,
en corimbos, umbelas.
Salir y regresar en el tiempo
era como recoger el estuche olvidado de los anteojos.
Se cerraba la noche del mundo.
Tú seguías el más fiable de los oficios
entre los menos fiables. Yo imaginaba.

A lo lejos, la inviolable línea del río
engullía los barcos.

Quebec, 2013.

PUENTE

Apostado en el puente
esperaba la encendida nave amorosa
entre las últimas luces del atardecer.
¿Arribaría con rostro de madre
o de alguna pacienciosa amante?
¿Tendría el gesto común de algún hermano
separado desde el nacimiento?
Pero sólo era el mismo río
que transcribe ciegamente nuestras vidas
en un libro prohibido a la sed de los viajeros.
Pasan transeúntes como calcos de una fiebre conocida
que secretamente nos une
sin precisarnos ni ofrecer nuestros nombres.
Nos llamamos como el puente
la herrumbre de sus vigas
y su eterna longitud hacia ninguna parte.
Todos los días he venido aquí
a la exacta hora en que el cielo engulle el gélido furor del paisaje
la luz fugaz y sus imprecaciones.
Mas sólo soy un viento que vadea
en la sucesión de violentos resplandores
rojos amarillos añiles que sulfuran
un grito seco
con la profusión del mar
de lo que no retorna.

DE DÓNDE LA FIJACIÓN DE LA LÍNEA

De dónde la fijación de la línea
que trémula reptaba entre fugaces asombros
hasta hacerse cuerpo
amarillos verdes cinabrios que galopan
sinuosos cielos de amianto
brillantes ácidos de otredad
la sangre nupcial de los lirios
el vértigo multiplicador de las noches
la exacta combustión de las estrellas
el suave y lento licor de las auroras
el espanto un cuervo volando loco sobre el trigal
negrísimo pensamiento soledoso
de dónde la fulminante estela en el celaje de los días
sino de los abatidos remolinos de tu carne
la pesca magra de tus ojos dormidos
busco a dios
a ése que pasa en un colosal aleteo sin sombra
como protegiéndose de nuestro hambre
y lo encuentro en hervor de tus píloros
los óxidos de tu clavícula
tu piel envuelta en la placenta de un niño
suspendido del acto de nacer
sin haber dado su primera alerta ante la masa ciega del mundo
de dónde el nacimiento del almendro
los adelfos en flor
el verde que no cede
la voluptuosidad y cavilación del ciprés

las casas bajas y sus gentiles tejados de paja
chorreados de luz
con su gentío sonámbulo
el sol elevándose
un gigantesco alimento lácteo en tu seco vientre
atravieso el campo
soy el sembrador oscuro
casi liliáceo por el atardecer
suenan bajito mis semillas
devueltas vacías y endurecidas por la tierra
me recojo como un hijo balbuceante
que advierte el dolor del origen
y escarba tu piel
hasta hacer una herida

*Aus blauem Spiegel trat die schmale Gestalt der
Schwester und er stürzte wie tot ins Dunkel.*

Trakl

A QUIÉN TE HAS CONFIADO PEQUEÑO TRAKL?

a la palabra que nunca escucha y cree hacernos escuchar?
a quién nos hemos confiado?
te levantas del sueño con sienes heladas
palpas el juicio de la niebla
que nos confunde con los que no somos
cada día eres menos el hombre que asoma al espejo
nunca fuiste hombre
lo sabe la acacia que tiene tu mismo peso
el último animal que bala en la noche y conoce
de la primera línea caliza entre las grisuras
que dan camino a la aurora
no te asustas en no serlo y sonrías nerviosamente
acariciando tu limado cuerno de antílope
que embiste inútilmente el horror de la falsa morada
buscas tu nombre
pero no sabes que está en la primera virtud
que abandonó nuestra especie
atraviesas los campos cubiertos de granizo
en holgados trajes de hechicero
eres el monje en el que los mirlos aguardan la hora del descanto
para escuchar la melodía primera
te dejas herir los pies con la madura avellana

a dónde vas pequeño Georg?
tus manos saben del rayo entre graznidos
no es suficiente
tus manos trabajan nudos de aire
lenguajes que tememos pronunciar
a dónde vas con ese amarillo tallo en la cabeza
con todas esas ramas y frutos a punto de caer
que ya de pronto se le agolpan?
y tu apenas sosteniendo la agujerada
aunque nimbada canastilla del pequeño Georg
a dónde vas?
a lo lejos una niña juega a solas
moviendo sus labios mudamente
lleva en los ojos el carillón que sostiene el precipicio
tú intentas hablarle
contraria al origen tu palabra viaja
ella cree entender y eres una llaga de olivo en su vientre
estás ahí para desollárselo
hasta que su muerte sea una lila
con la que puedas al fin impasiblemente conversar

ALMUERZO SOBRE LA HIERBA, 1862.

Victorine Meurent descansa sobre la hierba
es su cuerpo un río de leche recién ordeñado
de la discreción de las galaxias
la viste el viento
las ropas son monturas de olvido
apócrifos trofeos de los que loan el instante
todos se han ido
pero ella ha preferido quedarse a ser una
con la redentora enfermedad del sol
y estudiar los viajes del pesado animal
que bala en nosotros y se rehúsa a ser ave
fragata abubilla quetzal
en los collados del deseo
un antiguo vahído le cruza la frente
es la genealogía culminada de todas sus hembras
mientras muchachas vientres de cera
oscurecen sin asombro en sus habitaciones
Victorine en lienzos siempre silenciosa
madonna viajando inmóvil en las fiebres del tiempo
suyo es el sueño del poeta
la prescindencia de palabra
ante la totalidad de una escritura mayor
con letras de jabalina y envoltorios de olíbano
por eso la suficiencia en lo que no dice
la encendida sobriedad de su boca
son sus ojos moreras inviolables
se convertirá en la espiral del verano a la siguiente mañana

en el último anillo de nuestra voz tal vez
inoíble a las campanillas de los sabios
Meuran Meurend Meurand
puede recrear cualquier forma celestial
y cuando humana sabe erguirse sin ceremonia
con la levedad de los flamencos
mirar con familiaridad al desconocido
que del otro lado del cuadro la hurga con su cazo de miseria
celebrarse sin culpa en otras vidas
pensativo lirio del Sena
cortante tallo en saturado suelo ácaro
Olympia ofrendando su orquídea
desde oscuros sotos Manet la observa
fatigado ojo
zafiro sobrenadando decadencia
de los que a solas convocan lo renunciado
nada sabe de la horquillada orilla del sueño
hasta que Victorine se incorpora
como un pensamiento antiguo que se esconde
con el sigilo de un exiliado
cuya belleza peligra en la flama equívoca
como una lustrosa culpa
en las polvorientas hombreras de dios
nada sabe
hasta que en serenos y abrasivos óleos la destila
y es entonces la primera criatura

POEMA DE LIDIA PARA RICARDO REIS

Así sin tocarnos
la piel no quedó lastimada
con el balsámico hedor de la muerte
ni las palabras hicieron daño
fueron solo palabras
marciales y soledosas
como las que habitan los diccionarios
y llenan de espuma la boca de los durmientes
a la espera de que algún poema las justifique
y dejen entonces de ser sólo palabras
llameantes ofrendas
escoltas de los cielos.
Así sin juntar las manos
el paisaje se mantuvo inalterable –advertiste–
con el mismo sonido de hojas leves
olor a eucaliptos
la visita puntual del jilguero
los repetidos anuncios de la mañana.
Las flores dormidas en el regazo de una muchacha
fueron reemplazadas por otras flores recién cortadas
en el tibio y anónimo regazo de una nueva muchacha.
Así desde hace milenios
copulados solamente por un río silente que transcurre
no hacia el mar sino al horizonte que se pliega
en una caliginosa marcha
nada atravesó el deseo
y los espejos repiten hasta ahora

la misma pendiente de los ojos negados al asombro.
Nada me llevé de ti.
No arranqué macizos
no mojé mis pies en el río
nada sé de la llamada del barquero
de la lectura del último color que ardió sobre la tierra.
Nada de nuestros torsos como arándanos bajo la misa del sol
el crepitar roñoso de los dioses
atribuyéndose el verdor de los jacintos.
No tengo nombre.
Si alguna vez me llamaron *Lidia*
fue solo un nombre
y un nombre tiene el peso del espacio
que separa el suelo de los pies del ahorcado.
Así sin nada qué guardar para la fría memoria
no envejezco
un altar sumergido es mi rostro
un río que murmura:
*“lo que no transcurre no tiene tiempo
ánima de bronce es siempre en las orillas”.*

GREGORIO SAMSA AMANECE DEL AMOR

Amanecer del amor convertido en un insecto.
Retornar a la extremaunción de las callejas oscuras
buscando al dios de las nocturnidades.
Volar pesadamente, y a salvo,
sin pretender las nubes.
Ser fraterno de lo que se agazapa violentamente
y nos ausculta en sueños.
Volverse a enamorar pletóricamente de la luna
y su sermón de yeso.
He conocido el amor
y la soledad ya no es tan peligrosa.
Paso desapercibido entre amapolas
sin temor a morir en su belleza.
Pregunto, y no es la fábula de mí la que responde.
En mis afiladas y cretáceas formas no existe el engaño.
Soy lo que tranquilamente ordena al mundo
en sus hilos arcanos.
No sufro más por la correspondencia.

LA AMADA DE LI PO

No es de jaspes la amada de Li Po
lejana es a las damas del imperio
o las estatuas de amatista que adornan los palacios
pero sabe del secreto impulso de las aves
de los cauces que un río de otro tiempo inexplicable
desborda en la memoria.

Silícea se pasea entre los pinos como un árbol que camina
y conversa sin terror con las criaturas más voraces.

La amada de Li Po no habla este lenguaje
no conoce de esta ansiedad por derribar al prenatal enemigo
con un manojo de palabras.

De tanto emparentarse con la lluvia
y vestirse de adormidera
ha perdido el furor de los hombres.

Al amanecer puedes sorprenderla convertida
en el agudo de un clavecín
o el sol que guía a los pastores.

POEMA DE LA LUNA

La luna se ha ocultado en sus ijares
dejándonos apenas un trémulo relente
para no tropezar en lo oscuro.
En el lugar que me ha tocado me desplazo sobre la estepa
un animal de torpes movimientos
mientras el resto de la manada sabe cómo esconderse
y no dejarse guiar por las extrañas voces
que agitan los follajes
o las sombras que fácilmente agigantan
las inocentes inquietudes de la mañana.
Acometido por la arena que rastrilla mi piel
para convertirme en estela indescifrable
un anillo más de mis desleídos antepasados
que apenas me dejaron un soplo helado detrás de las orejas
me pregunto inútilmente:
¿y si fuera de escamas?
¿inalcanzable metal como la luna?
¿generosas branquias, ágiles aletas,
ojo violeta de torbellino leonado
y penetrase las aguas allá donde tus pies infantiles
se aseaban de la carcoma del mundo?
¿corriente inalterable al fin, impasible anguila,
soberana en los recintos de lo inexpugnable
en los que las lenguas y lo que se palpa
han sido superados por el solo goce de moverse?
Consecuente con mi naturaleza
me hundo en las arenas

y mientras alcanzo el ópalo total de la memoria
pienso que habitaré el lecho de algún secreto mar
donde aún se escuchen tus zarpazos.

RECINTO

Hasta aquí me han guiado las huellas de los corzos
soy las pisadas de su presencia silenciosa en la nieve
el paisaje en sus tempranas líneas sonoras
hasta aquí he venido agitando un muñón de semillas
abandonando mi nombre de calendario
tan disperso ahora es como la fiebre del cielo
tan necesario como el medio milímetro de raíz
que cada cinco días le crece al nogal
esperando la obertura del río
hasta aquí he venido con la palabra vacía
que soporta el inútil rigor de lo pronunciado
y lo que me llamaba con su cárdeno espigón
se agita mansamente ahora
entre las confesiones del viento que hospedan
los más desnudos árboles del verano anterior
escucho y es insuficiente mi lenguaje
un vuelo sin altura si pretende agitarse solo
*“todo es un único lenguaje y así
la revelación del cerezo”*
reparo
camino sin horror hacia el revés de la montaña
un animal de silicio es mi corazón

ÍNDICE

1 (a lo mejor hay una línea que sobrevuela la muerte)	9
POEMA	11
MANOS	12
PREGUNTAS POR LA SED	13
SOBRE UN FRESCO MOCHICA	14
MÁQUINA DE COSER	15
EL OÍDO DEL POEMA	17
JUSTIFICACIÓN DEL POEMA	18
VELADA CON LI PO	19
EN LA REPTIL PUPILA	20
ENCLAVE	21
2 (el oído de los dioses)	23
FOTOGRAFÍAS DE GEORG TRAKL	25
UNA VISITA ALEJANDRINA (KAVAFIS)	26
VINCENT	28
NOCHE EN LISBOA (PESSOA)	30
HISTORIA DE UN SONIDO (BAKER)	31
LECTURA DEL AGUA	34
CONCIERTO DEL ÁNGEL	36
3 (paisaje)	37
TORTUGA EN CABO BLANCO	39
CIGARRAS EN BEIJING	40
COMPRÉ UNA PIPA PARA MI AMIGO PERUANO...	42
EN UN CUADRO DE HOPPER	43

4 (almuerzo sobre la hierba)	45
CELEBRACIÓN DE LO IMAGINADO	47
PUENTE	49
DE DÓNDE LA FIJACIÓN DE LA LÍNEA	50
A QUIÉN TE HAS CONFIADO PEQUEÑO TRAKL?	52
ALMUERZO SOBRE LA HIERBA, 1862.	54
POEMA DE LIDIA PARA RICARDO REIS	56
GREGORIO SAMSA AMANECE DEL AMOR	58
LA AMADA DE LI PO	59
POEMA DE LA LUNA	60
5	63
RECINTO	65

Denisse Vega Farfán (Trujillo, Perú, 1986) Autora de los poemarios *Una morada tras los reinos* (Centro Cultural de España & Lustraeditores, Premio Poesía Joven del Perú, 2008), *El primer asombro* (Animal de Invierno & Paracaídas Editores, 2014), y de la plaquette *Hippocampus* (La Propia Cartonera, Uruguay, 2010). Ha publicado en otras lenguas: *Une demeure après les règnes* (Paracaídas Editores, Festival Internacional de la Poésie Trois-Rivières, 2013). Poemas suyos han sido traducidos al inglés, francés, chino, italiano y alemán. Su poesía se encuentra compilada en numerosas antologías como “Poetas peruanas de antología” (Mascapaycha Editores, 2009), “En tierras del cóndor” (Taller de edición Rocca, Colombia, 2014), “Mirando sobre el heno. Muestra de poesía peruana reciente.” (Vallejo & Company, Perú, 2014), “Ladder made up of staircases of time” (China, 2013), “Transfronterizas. 38 poetas latinoamericanas” (UNAM, 2016), entre otros. Ha participado en diversos acontecimientos culturales en Perú y el extranjero.

Otros títulos de Limón Partido:

- Elizabeth Neira (Santiago de Chile, 1973), *Abyecta*.
Elma Murrugarra (Lima, 1974), *al sur en caral*.
Alan Mills (Guatemala, 1979), *Sincopes*.
Nicolás Alberte (Montevideo, 1974), *unapalabramáslargaquelanoche*.
Alfredo Trejos (San José, 1977), *Arrullo para la noche tóxica*.
Marco Fonz de Tanya (México, 1965), *Vocación de estragos*.
Tanya de Fonz (Guadalajara, 1976), *Canto de cerdos*.
Ingrid Solana (Oaxaca, 1980), *De tiranos*.
Enrique Winter (Santiago de Chile, 1982), *Rascacielos*.
Ana Rüsche (São Paulo, 1979), *Rasgada*.
Nicole Delgado (San Juan, 1980), *Violencias cotidianas*.
René Morales Hernández (San Luis Potosí, 1980), *Bestiario del Perro*.
Héctor Hernández Montecinos (Santiago de Chile, 1979), *NGC 224*.
Gema Santamaría (Managua, 1979), *Transversa*.
Ernesto Carrión (Guayaquil, 1977), *Demonia Factory*.
Pablo Benítez (San Salvador, 1982), *Rabo de Perro*.
Javier Norambuena (Santiago de Chile, 1981), *Humedales*.
María Eugenia López (La Plata, 1977), *Arena*.
Elisa Andrade Buzzo (São Paulo, 1981), *Noticias de ninguna parte*.
Gerardo Villanueva (Guadalajara, 1978), *Transterra*.
Balam Rodrigo (Villa de Comaltitlán, 1974), *Icarías*.
Luis Téllez-Tejeda (Naucalpan, 1983), *Medía tarde*.
Alex Piperno (Montevideo, 1985), *Sahara*.
Fernando Trejo (Tuxtla Gutiérrez, 1985), *Travelling*.
Javier Alvarado (Santiago de Veraguas, 1982), *Carta natal al país de los locos*.
Javier Raya (Ciudad de México, 1985), *Ordalía*.
José Manuel Barrios (Montevideo, 1983), *Yoga*.
Jesús Bartolo (Atoyac de Álvarez-Guerrero, 1970), *Iconografía de un Duelo*.
Ariadna Vásquez (Santo Domingo, 1977), *El libro de las inundaciones*.
Paula Ilabaca (Santiago de Chile, 1979), *Ciudad lucía*.
Daniel Rojas Pachas (Lima, 1983), *Soma*.
Guadalupe Galván (Ciudad de México, 1973), *Sólo la música*.
José Córdoba Porcón (La Libertad-Perú, 1979), *Animal desbocado*.
Jamila Medina Ríos (Holgún, 1981), *Primaveras cortadas*.
Lauri García Dueñas (San Salvador, 1980), *El tiempo es un texto indescifrable*.
Yaxkin Melchy (México, 1985), *Los Planetas*.
Wingston González (Livingston, Guatemala, 1986), *San Juan-La Esperanza*.
Manuel de J. Jiménez, (Ciudad de México, 1986), *El final del estado*.
Maiara Gouveia, (São Paulo, 1983) *Antes que se rompa el hilo de plata*.
Legna Rodríguez Iglesias (Camagüey, 1984), *Chicle (ahora es cuando)*.
Elena Salamanca, (San Salvador, 1982), *Peces en la boca*.
Ben Clark, (Ibiza, 1984), *Los últimos perros de Shackleton*.
Juan Salzano (Buenos Aires, 1980), *¡Afrodictum!*
Eduardo de Gortari (Ciudad de México, 1988), *Código Konami*.
Milenka Torrico (Cochabamba, 1987), *Preview*.
Enrique Winter (Santiago de Chile, 1982), *Rascacielos*.
Camila Charry (Bogotá, 1979), *Arde Babel*.

